

Enero 18

“Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje.”

Is. 53:10.

Nuestro Señor Jesús no murió en vano. Su muerte fue expiatoria: Él murió como nuestro sustituto, porque la muerte era el castigo por nuestros pecados; y debido a que Su sustitución fue aceptada por Dios, Él ha salvado a aquellos por quienes puso Su vida en sacrificio. Por la muerte se volvió como el grano de trigo que lleva mucho fruto. Debe haber una descendencia de hijos para Jesús; Él es “el Padre eterno.” Él dirá: “Yo y los hijos que me dio Jehová.”

Un hombre es honrado en sus hijos, y Jesús tiene Su aljaba llena de estas saetas de los valientes. Un hombre es representado en sus hijos, y así es representado el Cristo en los cristianos. La vida de un hombre parece ser prolongada y extendida en su simiente; y así la vida de Jesús es continuada en los creyentes.

Jesús vive, pues ve a Su linaje. Él fija Sus ojos en nosotros, se deleita en nosotros y nos reconoce como el fruto del trabajo de Su alma. Debemos alegrarnos porque nuestro Señor no cesa de gozar el resultado de Su terrible expiación, y porque nunca dejará de deleitar Sus ojos en la cosecha de Su muerte. Esos ojos que una vez lloraron por nosotros, ahora nos miran con placer. Sí, Él mira a aquellos que lo miran a Él. ¡Nuestros ojos se encuentran! ¡Cuán grande gozo es este!

Enero 19

“Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.”

Ro. 10:9.

Debe haber confesión con la boca. ¿He hecho esa confesión? ¿He declarado abiertamente mi fe en Jesús como el Salvador a quien Dios ha levantado de los muertos, y lo he hecho de la manera requerida por Dios? He de contestar honestamente esta pregunta.

Debe haber también fe en el corazón. ¿Creo sinceramente en el Señor Jesús resucitado? ¿Confío en Él como mi única esperanza de salvación? ¿Brotó de mi corazón esta confianza? He de contestar esto como delante de Dios.

Si yo pudiera en verdad afirmar que he confesado a Cristo y he creído en Él, entonces soy salvo. El texto no dice que podría ser así, sino que es evidente y claro como el sol en los cielos: “Serás salvo.”

Como un creyente y como un profesante, puedo echar mano de la promesa, y argumentarla delante del Señor Dios en este momento, y a lo largo de toda la vida, y en la hora de la muerte, y en el día del juicio.

He de ser salvo de la culpa del pecado, del poder del pecado, del castigo del pecado, y por último del propio ser del pecado. Dios lo ha dicho: “Serás salvo.” Yo lo creo. Seré salvo: soy salvo. ¡Gloria a Dios por siempre y para siempre!

Enero 20

“Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.”

Ap. 2:7.

Ningún hombre puede dar la espalda en el día de la batalla, ni rehusar ir a la guerra santa. Debemos luchar si hemos de reinar, y debemos continuar la guerra hasta que vencamos a todo enemigo, pues de lo contrario esta promesa no es para nosotros, pues es únicamente para “el que venciere”. Hemos de vencer a los falsos profetas que han venido al mundo, y a todos los males que acompañan su enseñanza. Hemos de vencer nuestra propia languidez de corazón y la tendencia a perder nuestro primer amor. Lean toda la palabra del Espíritu a la iglesia de Éfeso.

Si por gracia salimos airoso, como saldremos si en verdad seguimos a nuestro Líder victorioso, entonces seremos admitidos al propio centro del paraíso de Dios, y se nos permitirá pasar junto al querubín y su espada de fuego, y acercarnos al árbol protegido, del cual, si un hombre comiere, vivirá para siempre. Escaparemos así de esa muerte sin fin que es la condena del pecado, y ganaremos esa vida eterna que es el sello de la inocencia, el resultado de los principios inmortales de la santidad semejante a Dios. ¡Vamos, corazón mío, ten valor! Huir del conflicto sería perder los gozos del nuevo y mejor Edén; combatir hasta la victoria es caminar con Dios en el Paraíso.

La Chequera de la fe. Spurgeon.

Enero 21

**“Y sabrán los egipcios que yo soy Jehová.”
Éx. 7:5.**

Es difícil enseñar al mundo impío. Egipto no conoce a Jehová y por eso se atreve a entronizar sus ídolos, e incluso se aventura a preguntar: “¿Quién es Jehová?” Sin embargo, el Señor tiene el propósito de quebrantar a los corazones altivos, ya sea que quieran o no. Cuando Sus juicios truenen sobre sus cabezas, oscurezcan sus cielos, destruyan sus cosechas, y maten a sus hijos, comenzarán a discernir algo del poder de Jehová. Todavía habrán de ocurrir cosas en la tierra que pondrán a los escépticos de rodillas. No desmayemos a causa de sus blasfemias, pues el Señor puede cuidar de Su propio nombre, y lo hará de una manera muy eficaz.

La salvación de Su propio pueblo fue otro medio poderoso de hacer que Egipto supiera que el Dios de Israel era Jehová, el Dios vivo y verdadero. Ningún israelita murió por causa de alguna de las plagas. Nadie de la simiente elegida murió ahogado en el Mar Rojo. De igual manera, la salvación de los elegidos, y la segura glorificación de todos los verdaderos creyentes, hará que los más obstinados enemigos de Dios reconozcan que Jehová es el Dios.

¡Oh, que Su poder de convencimiento salga por Su Santo Espíritu en la predicación del Evangelio, hasta que todas las naciones se inclinen delante del nombre de Jesús, y lo llamen Señor!

La Chequera de la fe. Spurgeon.

Enero 22

“Bienaventurado el que piensa en el pobre; en el día malo lo libraré Jehová.”

Sal. 41:1.

Pensar en los pobres y guardarlos en nuestros corazones es el deber de todo cristiano; pues Jesús puso a los pobres con nosotros y cerca de nosotros cuando dijo: “Siempre tendréis pobres con vosotros.”

Muchos dan su dinero a los pobres con prisa, sin pensar; y muchos más no dan absolutamente nada. Esta preciosa promesa pertenece a aquellos que “piensan” en los pobres, que analizan su caso, diseñan planes para su beneficio, y los implementan consideradamente. Podemos hacer más otorgándoles cuidados que dinero en efectivo, y mucho más todavía si juntáramos ambas cosas. El Señor promete Su propia consideración en tiempos de zozobra para aquellos que piensen en los pobres. Él nos sacará del problema si ayudamos a otros cuando se encuentran en problemas. Habremos de recibir una ayuda providencial singular si el Señor ve que procuramos proveer a otros. Hemos de enfrentar tiempos de turbación, sin importar cuán generosos podamos ser; pero si somos caritativos, podemos presentar un argumento para una liberación peculiar, y el Señor no negará Su propia palabra y compromiso. Quienes son miserables tacaños se ayudan a sí mismos, pero el Señor ayudará a los creyentes que son considerados y generosos. Como hubieren hecho con los demás, así hará el Señor con ustedes. Vacíen sus bolsillos.

La Chequera de la fe. Spurgeon.

Enero 23

“Y pondrá su mano sobre la cabeza del holocausto, y será aceptado para expiación suya.”

Lv. 1:4.

Si al poner su mano sobre el novillo, este se convertía en el sacrificio del oferente, ¿cuánto más no se volverá Jesús nuestro cuando ponemos sobre Él la mano de la fe?

“Mi fe en verdad su mano pone
Sobre esa amada cabeza Tuya,
En tanto que como penitente estoy,
Confesando allí mi pecado.”

Si un novillo podía ser aceptado en lugar de una persona para hacer expiación por ella, ¿cuánto más no será el Señor Jesús nuestra propiciación plena y toda suficiente? Algunos contienden con la gran verdad de la sustitución; mas, en cuanto a nosotros, es nuestra esperanza, nuestro gozo, nuestra jactancia y nuestro todo. Jesús es aceptado en lugar nuestro para hacer expiación por nosotros, y nosotros somos “aceptos en el Amado”.

El lector ha de apresurarse de inmediato para poner su mano sobre el sacrificio consumado del Señor, para que, aceptándolo, pueda obtener su inmediato beneficio. Si ya lo ha hecho una vez, que lo haga otra vez. Si no lo hubiere hecho nunca, que extienda su mano sin demorarse ni un momento. Jesús es tuyo ahora si quieres tenerlo. Apóyate en Él; apóyate fuertemente en Él; y es tuyo más allá de toda duda; estás reconciliado con Dios, tus pecados han sido borrados, y tú le perteneces al Señor.

La Chequera de la fe. Spurgeon.

Enero 24

“Él guarda los pies de sus santos.”

1S. 2:9.

El camino es resbaloso, y nuestros pies son débiles, pero el Señor guarda nuestros pies. Si no nos entregáramos por medio de la fe obediente para ser sus santos, Él mismo será nuestro guarda. No solamente encargará a Sus ángeles que nos guarden, sino que Él mismo preservará nuestras actividades.

Él impedirá que nuestros pies resbalen, para que no manchemos nuestros vestidos, no lesionemos nuestras almas, y no provoquemos que el enemigo blasfeme.

Él impedirá que nuestros pies se descarríen, para que no nos adentremos en caminos de error, o en senderos de insensatez, o en vías de costumbres mundanas. Él impedirá que nuestros pies se hinchen por cansancio, o se llaguen por lo escarpado y largo del camino.

Él impedirá que nuestros pies resulten heridos: nuestros zapatos serán de hierro y de bronce, de tal forma que aunque pisemos sobre el filo de la espada, o sobre serpientes mortíferas, no sangraremos ni podremos resultar envenenados.

Él arrebatará nuestros pies de la red. No quedaremos atrapados en el engaño de enemigos maliciosos y astutos.

Con una promesa como esta, corramos sin cansancio, y caminemos sin temor. El que guarda nuestros pies lo hará eficazmente.